

PUBLICADO EN LA REVISTA
DE
PSIQUIATRIA Y PSICOLOGIA MEDICA
DE EUROPA Y AMERICA LATINAS

REVISTA TRIMESTRAL
B A R C E L O N A
AÑO XI - TOMO VI - N.º 2
Págs. 119 a 129 - ABRIL 1963

Cátedra de Psiquiatría de la Universidad de Barcelona (Prof. R. SARRÓ)

ADOLESCENCIA E INDIVIDUALIZACION

JUAN CODERCH

INTRODUCCIÓN. — Decir que la adolescencia es una «edad de transición» es un lugar común que no nos aporta ningún conocimiento y que podría igualmente ser aplicado a otro período de la vida puesto que, después de todo, la vida misma es una transición entre el nacimiento y la muerte. Cada período de la existencia representa, en cierto modo, una etapa de transición entre el período precedente y el que le sigue. Sólo en el caso de que la curva vital del individuo fuera un armonioso proceso de crecimiento y evolución de rasgos físicos y psíquicos a la vez, cabría considerar la adolescencia como una etapa caracterizada negativamente, por la falta de algunos rasgos propios de la niñez y, positivamente, por la presencia de otros rasgos de la edad adulta.

Sin embargo, no deja de ser cierto que la adolescencia ofrece unas características que le son propias y la distinguen con especial intensidad de las demás etapas de la vida del individuo. Dos factores condicionan los importantes cambios que se producen al llegar a esta edad: uno de ellos, consiste en las profundas modificaciones hormonales de la pubertad, no comparables por su significación e intensidad a ninguna de las que puedan producirse en otras etapas de la vida. El otro factor es básicamente social, hallándose constituido por cambios del medio externo, equiparables, por su trascendencia, con los ocurridos en el interior del organismo. Debido a estas dos modificaciones, interna y externa, la etapa de la adolescencia representa una solución de continuidad en la curva existencial del individuo, produciéndose la desaparición de viejos elementos de la antigua personalidad y la aparición de elementos hasta el momento inexistentes de la misma. Todo ello es lo que da al observador la impresión de que la personalidad del adolescente se encuentra en pleno período de fabricación.

Esta impresión es mucho más fuerte en este período de la vida que en ningún otro, a despecho de todos los cambios que pueden observarse durante la infancia, edad adulta, madurez y senectud. Si queremos comparar la adolescencia con al-

gún otro período, sólo podemos hacerlo con la etapa que comienza en el momento de la concepción y termina en el momento del nacimiento. De acuerdo con esta imagen, podemos considerar la adolescencia como un segundo nacimiento que se inicia en los primeros cambios biológicos de la pubertad y termina, en los casos en que el proceso acaba felizmente, con la perfecta adaptación social e intrapsíquica del individuo a su nueva situación.

Para que tenga lugar este perfecto desarrollo y terminación de la adolescencia, es preciso que la nueva integración de la personalidad dé lugar a un satisfactorio ajuste entre las distintas tendencias e impulsos del individuo, así como entre éstas y las presiones y exigencias del medio social. Para entrar en la edad adulta, el individuo debe ser tan consciente de sus derechos y privilegios como de sus obligaciones y deberes respecto a la sociedad en la que vive. Otra de las condiciones que deben cumplirse para que la adolescencia pueda darse por superada es la de la transformación de los lazos de tipo infantil que hasta el momento le han ligado a sus padres, por otras relaciones de las cuales hayan desaparecido el deseo de ayuda y gratificación, por una parte, y la rebeldía y agresividad, por otra.

Al través de la adolescencia, la actitud egocéntrica infantil se convierte en una actitud oblativa de ser-para, que explica la capacidad de entusiasmo y de entrega propias de esta etapa y que, más tarde, debe cristalizar en dedicación al trabajo profesional, a la familia y a la sociedad. Precisamente la perpetuación del egocentrismo primitivo es lo que más contribuye a la impresión de infantilismo emocional que producen los psicópatas.

FANTASÍA DESIDERATIVA. — Uno de los más importantes rasgos del adolescente consiste en su propensión a las fantasías, en las que, como tema central, figura la realización de alguna de sus principales tendencias. La evidente disparidad existente entre el crecimiento sexual e intelectual, por una parte, y la maduración emocional, por otra, da lugar a una situación crítica en la que el adolescente posee dentro de sí determinadas tendencias, entre las que se cuentan el impulso sexual, deseo de autonomía e independencia, impulsos amorosos, tendencias vocacionales, etc., a la vez que la estructura social en la que vive y su misma inmadurez psíquica le impiden la satisfacción de ellas. Este hecho da lugar a un estado de fuerte tensión emocional que dificulta seriamente el proceso de integración de la personalidad. El que esta tensión no aumente hasta límites insoportables para la estabilidad psíquica es debido a la actuación de un eficaz mecanismo de compensación: la satisfacción imaginaria de estas tendencias al través de la fantasía de deseo o ensueño diurno. La conducta activa, que debería conducir al cumplimiento de los impulsos, cede el paso a la actividad representativa, mediante la cual el adolescente logra la satisfacción que el mundo le niega. La realización de estas tendencias tiene lugar en un mundo propio que el adolescente se crea y en el cual vive, a menudo, en forma totalmente contrapuesta a su vida en el mundo real. Esto puede explicarnos el fre-

cuenta ensimismamiento del adolescente, simple consecuencia de su vivir en un mundo interior que le pertenece.

Las primeras fantasías de deseos aparecen cuando el adolescente ya ha abandonado la comunidad de los niños, sin haber sido aún aceptado en la de los adultos. Se encuentra, en estos momentos, solo, con un manojito de confusos deseos y esperanzas, en buena parte biológicamente condicionados, que hacen de él un desconocido no sólo para sus padres, sino también para él mismo. Muchos adolescentes se quejan, en este período, de que su personalidad parece hallarse «difuminada» y algunos tienen incluso clara conciencia del continuo esfuerzo que necesitan realizar para conservar un sentimiento de interna unidad.

La primera consecuencia de tal situación es que el adolescente intenta aislarse de la compañía de los adultos, quienes no pueden compartir el mundo de su fantasía. Se torna retraído y taciturno, tratando de evitar un contacto excesivamente prolongado con sus familiares. Si éstos muestran alguna preocupación por su actitud, rápidamente desviará, con amabilidad o con rudeza, la cuestión, puesto que nada podría expresar acerca de los misteriosos procesos de los que él es parte, testigo y víctima. Muchos adolescentes, durante este período, se comportan como el romántico e incomprendido poeta que necesita soledad para concentrarse en sus más elevados pensamientos. Otros, intentan negar su adolescencia y tratan de probar que han alcanzado ya la madurez, pero, dado que ello no es cierto, esta actitud no puede sino enfrentarles en abierto conflicto con los adultos. En estos casos, se forma el famoso «abismo entre las generaciones», produciéndose el tipo de adolescentes agresivos que, sistemáticamente, se oponen a los valores y pautas de conducta de sus mayores.

La segunda consecuencia de la actividad desiderativa consiste en que la mayor parte de la energía psíquica del adolescente, usada para la construcción de imaginarias estructuras, no puede ser dirigida hacia los estudios o el aprendizaje de una profesión. Esto explica dos hechos comúnmente observados:

1.º Algunos adolescentes presentan un súbito o progresivo declive en su rendimiento escolar sin ninguna razón aparente, siendo el episodio lo suficientemente intenso para alarmar a sus padres, a sus maestros e incluso a ellos mismos. Si la recuperación no se produce con la suficiente rapidez, generalmente a causa de las medidas usadas por el medio ambiente, pueden presentarse un sinnúmero de complejas reacciones. Usualmente, el adolescente recupera el nivel anterior en el transcurso de unos pocos meses, siendo entonces capaz de proseguir sus estudios normalmente.

2.º Otros adolescentes son capaces de mantener su propio rango en la clase y alcanzar el mismo nivel promedio de calificaciones. Sin embargo, un posterior examen vendrá a demostrar que la retención de los conocimientos adquiridos durante este período es notoriamente inferior a la que se observa para otras etapas de la vida escolar. Ello es debido a que, durante esta fase, el adolescente ha continuado estudiando como un autómatas, sin la plena capacidad de integrar en su personalidad las materias que penosamente acumulaba en su memoria.

LA IMAGEN DE SÍ MISMO. — El concepto de cada individuo lleva dentro de sí una «imagen de sí mismo» tuvo su nacimiento en el campo de la neurología, a partir de la observación clínica de los pacientes con lesiones cerebrales. Fue A. PICK el primero en concebir la «imagen espacial del cuerpo», al estudiar a los pacientes afectos de autopagnosia. Otros autores que se ocuparon de esta imagen interna en nuestro propio cuerpo fueron Henry HEAD, Van VOGAERT, HECAEN, etc., siendo Paúl SCHILDER quien primero mostró que la imagen de uno mismo no es un concepto estático, sino dinámico, dado que se halla continuamente alimentado y modificado por nuestros datos sensoriales y factores emocionales internos.

Para nuestros propósitos, consideraremos la imagen de sí mismo como un complejo a la vez psíquico y somático, cuya existencia se halla materializada y evidenciada por muchos síndromes neurológicos, neuróticos y psicóticos. Este concepto justifica nuestro intento de subrayar lo que puede ocurrir con la «imagen de sí mismo» en un período de crisis, tal como la adolescencia.

En el centro de las escenas propias de la fantasía de deseos, encontramos siempre la imagen del individuo, construida de forma egocéntrica y narcisísticamente idealizada. Esta imagen de sí mismo se halla estrechamente relacionada con la conciencia —progresivamente más clara y definida— del propio cuerpo. Durante el período de la adolescencia, todos los fenómenos somáticos que acompañan las transformaciones de la pubertad llaman la atención del individuo hacia su cuerpo. Los nuevos conocimientos adquiridos al través de este proceso le ayudan a remplazar su antigua imagen interna de un niño por la imagen del adulto en que él va a convertirse, involucrándose en este proceso no solamente los mecanismos psicodinámicos de la infancia, sino también muchos nuevos psicodinamismos directamente inducidos, provocados o influidos por los cambios puberales y por el medio ambiente que rodea al individuo.

Sabiendo que cuando un individuo ama, tiende a identificarse a sí mismo con el objeto de su amor, no ha de sorprendernos encontrar los rasgos de sus padres en la imagen que el sujeto se construye de sí mismo. Este proceso de identificación conduce al adolescente a sentir y comportarse de la misma forma que él cree que el objeto de su amor sentiría y se comportaría en las mismas circunstancias. Este proceso es, en gran parte, inconsciente y conduce al individuo a absorber la personalidad del ser amado. A menudo, la identificación se evidencia externamente por la imitación de las actitudes y movimientos físicos, expresiones faciales y modulación de la voz.

La personalidad del adolescente, sentida y comprendida por el individuo al través de la imagen de sí mismo, se encuentra con la perentoria necesidad de enfrentarse con los fuertes impulsos sexuales que aparecen en este período de la vida. Estos impulsos son detectados, en un nivel consciente, como fuerzas que surgen de la más profunda intimidad y se dirigen hacia el exterior en forma de agresividad sexual. Estas son, realmente, las fuerzas que le arrancan de su tranquila y cómoda situación en el hogar y le lanzan directamente hacia el mundo exterior. En la mayoría de los casos, lo que entra en contacto con el mundo es

la todavía frágil e idealizada imagen de sí mismo, compuesta de heterogéneos e irreales elementos. Aunque no siempre este contacto es portador de inevitables conflictos, muy frecuentemente —por lo menos durante cierto tiempo— esta idealizada imagen de sí mismo empuja al adolescente a buscar un mundo igualmente idealizado, en el que tratará de encontrar, desesperadamente, los valores absolutos que sólo puede hallar en una esfera trascendente y extra mundana. Esto explica la «búsqueda de lo absoluto», frecuentemente mencionada por todos aquellos que tratan los problemas de esta edad.

Desgraciadamente, en la mayoría de las ocasiones, en lugar de lo absoluto, el adolescente encontrará numerosas adversidades inherentes a la vida real, siendo la dificultad para aceptarlas tanto mayor cuanto más idealizada sea la imagen de sí mismo. A fin de evitar estos conflictos, que pueden llegar a ser altamente destructivos, se ve en la necesidad de modificar la imagen de sí mismo; es decir, para ajustarse a la realidad debe ser capaz de llegar a una solución de compromiso. Las presiones que provienen del exterior le enseñarán la imposibilidad de moverse en un mundo totalmente constituido por valores absolutos. Las exigencias internas, es decir, instintos y tendencias, le mostrarán la ineludible necesidad de abandonar la «absoluta» e irreal perfección de la imagen de sí mismo.

Durante todo el tiempo en que el adolescente se halla viviendo en el confortable ámbito de su mundo infantil, nada le impide guardar intacta la absoluta perfección de los valores de su *yo* idealizado, pero cuando por la transformación puberal es proyectado al mundo exterior debe enfrentarse con los duros golpes y ásperas decepciones inflingidas por la cruda realidad. Su ulterior desarrollo emocional se verá, desde entonces, condicionado por estas nuevas experiencias, las cuales le ayudarán a asignar razonables límites a sus demandas. Para lograrlo, debe usar toda la flexibilidad propia de la juventud, así como llegar a ser plenamente consciente de sus impulsos y adquirir un completo dominio sobre ellos. Es precisamente en este momento cuando podremos apreciar la propiedad o impropiiedad de la educación recibida, cuyo principal propósito es alcanzar un sólido equilibrio emocional basado en un profundo y arraigado sentimiento de seguridad, estabilidad y aceptación. Estamos convencidos, por tanto, de que este alto nivel sólo se obtiene cuando el adolescente reconoce y acepta plenamente el hecho de que gran parte de los impulsos y tendencias que por vez primera aparecen en él deben ser conscientes y voluntariamente sometidos a esos valores trascendentes que deben substituir los artificiales valores de su *yo* idealizado, lo cual es totalmente opuesto a la represión —en sentido freudiano— bajo la acción de una conciencia automática, rígida y opresiva.

Infortunadamente, este proceso no siempre tiene lugar en forma fácil y satisfactoria. Si las necesidades del adolescente para adaptarse adecuadamente a la realidad no son satisfechas, el mundo externo aparece pavoroso y amenazador. Al no encontrar, entonces, los valores que llenen el vacío que se ha producido tras el derrumbe del *yo* idealizado, el adolescente evoluciona hacia la conducta psicopática y el nihilismo emocional.

La reorganización de la imagen de sí mismo va siempre acompañada de un debilitamiento del yo, precisamente en el momento en que las hormonas sexuales invaden el organismo, conmoviendo profundamente las estructuras psicofísicas del individuo. Sabiendo que las hormonas sexuales poseen elementos de ambos sexos, no puede extrañarnos que un porcentaje muy elevado de adolescentes pase por una fase de ambigüedad, durante la cual se presentan tendencias eróticas indefinidas que pueden incluso conducir a inclinaciones o prácticas de tipo homosexual. Efectivamente, la debilidad del yo, coincidiendo con la irrupción de hormonas ambisexuales en el organismo, explica la ambivalencia sexual observada en estos adolescentes. Casi no es necesario advertir que, lejos de todo diagnóstico de homosexualidad, este período debe ser comprendido como un estadio normal dentro de la evolución sexual. Su existencia explica por qué la adolescencia es una etapa de extrema vulnerabilidad sexual; vulnerabilidad que dura hasta que la imagen de sí mismo ha sido completamente integrada con los atributos pertenecientes al sexo del individuo.

AUTONOMÍA Y REBELIÓN.—Desde los 10 a los 18 años, el adolescente debe enfrentarse con una serie de problemas ante los cuales ha de encontrar una solución digna y aceptable para sí mismo, para sus padres y para la sociedad. Su forma de vida durante la adolescencia vendrá determinada por el modo en que vaya adoptando estas soluciones y estableciendo un nuevo estilo de comportamiento, lo cual puede realizarse de manera suave y progresiva o al través de bruscos avances y retrocesos. La naturaleza e idoneidad de estas soluciones, así como su identificación con ellas, serán factores principalísimos de su integración a la vida de los adultos.

Fuente de continuos conflictos es el reconocimiento de que el naciente impulso sexual crea una enervante oposición entre sus deseos y las restricciones sociales. Entre la restricción de todas las actividades y pensamientos sexuales que los padres imponen a su hijo, por una parte, y la creciente conciencia en éste de que la sociedad y frecuentemente sus mismos padres quebrantan las rígidas normas de moral sexual que a él le son dictadas, por otra, el muchacho llega a sentirse realmente confundido. Se encuentra perturbado ante lo que considera una doblez por parte de sus padres y educadores, y busca soluciones que, a menudo, van en contra de sus propios deseos. Este doble conflicto puede conducir a sentimientos de culpa de los que intentará escapar al través de mecanismos de defensa más o menos apropiados.

El temor provocado, en la chicas, por la primera menstruación, el miedo al embarazo tras cualquier inocuo contacto con un muchacho, los sentimientos de culpa y las preocupaciones hipocondríacas producidas por la masturbación, las inquietudes despertadas por las primeras erecciones y poluciones nocturnas, son algo muy corriente. Los adolescentes consumen gran cantidad de energía y horas de reflexión tratando de encontrar solución a estos problemas. Un médico de cabecera cuidadoso y comprensivo puede contribuir grandemente al alivio de estos problemas mediante una correcta información a los padres y una inteligente

ayuda que permita al adolescente dirigir sus energías hacia áreas más constructivas.

Las pautas culturales y la expectación social, así como la personalidad y adaptación psicosocial de los padres, determinarán si el adolescente tendrá saludables ejemplos que imitar y objetos con que identificarse, o si la imagen de su madre o de su padre aparecerá distorsionada al ser comparada con los ideales de la sociedad. Un padre débil, dependiente, pasivo, ausente, no puede ser la figura con la que aspire a identificarse el adolescente que se pregunta a sí mismo: «¿Qué es lo que se espera de mí?» La sociedad (compañeros, maestros, libros, televisión, etc.), no cesan de recordarle: «Debes ser un hombre». Pero si la persona que mejor conoce y a la que podría imitar no actúa en el papel de «hombre», el desconcierto imperará en su identificación sexual y en la elección de su papel en la vida. Si la madre es una mujer autoritaria y dominante, el adolescente desarrollará un concepto falso del papel de la mujer en nuestra sociedad.

La creciente importancia que adquiere para el adolescente la aceptación del grupo y el reconocimiento por parte de sus compañeros le fuerza a escoger entre las costumbres del grupo y las reglas parentales, subculturales y sociales, pudiendo la necesidad de tal elección ser otra causa de conflictos. Coincidiendo, pues, con su elección de conducta, encontramos la elección de lealtad hacia el grupo u hacia sus padres, maestros y otros representantes de la «vieja generación».

La necesidad de reconocimiento por parte del grupo se complica, además, por la nueva dirección de sus intereses hacia la esfera heterosexual. El muchacho de 8 ó 10 años gusta de asociarse con otros muchachos, como la chica prefiere otras chicas para sus juegos, pero pronto sus ojos se dirigen hacia el sexo opuesto. Este temprano cambio de intereses le coloca de nuevo en situación de tener que hallar una solución en la lucha entre el fuerte vínculo que le une a sus compañeros de grupo y su impulso heterosexual. Por su parte, la chica que acaricia sueños amorosos encuentra a los muchachos de su edad insulsos e irresponsables y debe separarse de ellos para encontrar muchachos que se encuentren en su propio nivel de madurez sexual. Comienza a mirar críticamente las relaciones conyugales de sus padres y a establecer comparaciones entre ellos y la juvenil imagen del matrimonio ideal, raramente alcanzado en la realidad.

El primer impulso a la independencia, propio de los dos o tres años de edad, da lugar a la fase negativista o período del «no». En esta época no suelen producirse conflictos debido al mínimo nivel de exigencia por parte de los padres y a la lógica evolución de la actitud del niño respecto a estos, pero en la adolescencia este impulso a la autodeterminación fácilmente crea roces y luchas con la autoridad paterna. El paso desde la independencia infantil hasta el comportamiento independiente propio del adulto no es un proceso suave e insensible, sino más bien una fase de vacilación entre audaces exploraciones por las sendas de la autonomía y bruscos retrocesos hacia la sólida seguridad del hogar. Aun cuando este proceso de independización puede tener lugar entre fuertes vaivenes y perturbadoras tensiones, molestas a la vez para los padres y para el hijo, la

mayoría de los adolescentes emergen gradualmente, sin indebidos traumas emocionales, desde la posición dependiente de la niñez a las independientes y maduras pautas del adulto.

Los padres comprensivos y maduros relajan gradualmente el control sobre su hijo a medida que éste va adquiriendo la capacidad de tomar sobre sí mayor responsabilidad. El momento y la forma en que esto tiene lugar depende de la personalidad del niño, de la de los padres y del medio ambiente. El grado de madurez emocional del adolescente se caracteriza por su habilidad para controlar sus impulsos y tolerar las situaciones de frustración. Si esta habilidad es suficiente, las exigencias parentales, aunque contrarias a sus momentáneos deseos, pueden ser toleradas, el impulso a reaccionar contra ellas puede ser inhibido y gradualmente van apareciendo nuevas soluciones para paliar los conflictos entre los padres y los deseos juveniles.

El adolescente inmaduro tiene grandes dificultades para renunciar a la satisfacción de su impulso. Si desea conducir un coche y sus padres no se hallan dispuestos a prestarles el suyo, esta incapacidad de renuncia le llevará a robar uno para satisfacer su anhelo. Los padres, por su parte, pueden sentirse poco dispuestos para encontrar una solución de compromiso o a ser inhábiles para comprender las motivaciones del adolescente, o mostrarse incapaces de entablar una verdadera comunicación con su hijo. Usualmente, una vinculación padre-hijo cálida y estrecha impide al último cometer ninguna acción seriamente desaprobada por aquéllos. El nivel intelectual del adolescente influye también en la comprensión y enjuiciamiento de las consecuencias de sus actos.

El trasfondo cultural, subcultural y familiar de los padres y sus posibles conflictos con las normas y valores sociales, influye en el proceso de disolución de la dependencia infantil. Una educación altamente restrictiva en una sociedad liberal colocará al adolescente en una posición de limitada libertad en relación con sus compañeros. Se sentirá confuso ante los demás y, en su intento para evitar tal confusión, se rebelará contra la tutela paterna o, por el contrario, se refugiará en el hogar en su esfuerzo por aislarse de los demás. Por otra parte, cuanto más grande sea la discrepancia entre las normas familiares y el medio ambiente, más fuertemente se sentirán inducidos los padres a mantener firmemente su autoridad durante un prolongado período.

Aun cuando existan moderadas discrepancias entre las normas familiares y comunitarias, el adolescente emocionalmente estable sabrá encontrar un correcto estado de equilibrio entre ambas zonas de influencia. Sin embargo, dado que no siempre los padres poseen la adecuada madurez emocional, pueden producirse fuertes conflictos entre los impulsos normales del adolescente y la personalidad desajustada de los padres. Cuando estos son excesivamente dominantes obligan al adolescente a desarrollar una reacción de defensa que, fundamentalmente, pueden tomar dos cursos distintos: sumisión o rebelión.

Si la coartación del desarrollo hacia la independencia tiene éxito, ello dará lugar más adelante a un individuo débil, inseguro de sí mismo y afectivamente inestable. Debido a que la vida del adulto demanda independencia, decisión y

responsabilidad, factores de los que carece este individuo, casi con toda seguridad aparecerán trastornos emocionales exteriormente expresados bajo las más distintas formas. De acuerdo con los factores constitucionales, predisposición a enfermedades, debilidades orgánicas, etc., los síntomas asumirán un carácter psicossomático. Las enfermedades físicas incapacitan al paciente y le impiden tomar decisiones y enfrentarse con dificultades o tareas desagradables para él. Otros enfermos, con personalidad histeroide, desarrollan síntomas de conversión o fóbicos. Otros, debido a la debilidad de su *yo* o bajo el impacto de fuertes presiones externas, configuran síntomas esquizoides o reacciones depresivas. El momento de aparición y la severidad de los trastornos emocionales depende del grado en que haya sido inhibida la evolución hacia la independencia y de las demandas que el individuo presenta a la vida. Así, un sujeto pasivo, dependiente, puede vivir sumisamente con su madre dominante durante muchos años, para después contraer matrimonio con una esposa de similares características. Posiblemente, sus dificultades no atraerán la atención de nadie hasta que la vida le fuerce a tomar decisiones para las que no se halla preparado y ante las que no puede someterse a la voluntad de su esposa. Sea cual sea la naturaleza de su reacción, psicossomática, neurótica o psicopática, los resultados serán los mismos: continuación o refuerzo de la confortante relación de dependencia con la madre, única relación que el paciente ha experimentado a lo largo de su vida.

La reacción del adolescente al autoritarismo de los padres puede tomar un curso totalmente opuesto, es decir, rebelión. Esta rebelión puede ser activa, en forma de conducta agresiva, o pasiva. En ésta, el adolescente puede castigar a sus ambiciosos padres no satisfaciendo sus demandas. Así, el fallo escolar puede constituir la expresión de una rebelión en la que se busca, a la vez, el quebrantamiento de las normas paternas y la aceptación por parte de compañeros igualmente rebeldes.

La rebelión puede extenderse fuera del hogar, en la escuela y en la sociedad. Con algunas excepciones, esto sirve como unidad de medida para comprobar la gravedad de la situación. Generalmente, consideramos al adolescente, cuya conducta en la escuela y en la comunidad no se halla perturbada, menos seriamente alterado y con mejores posibilidades de readaptación que aquel otro que lucha, a la vez, en la familia, la escuela y la sociedad.

El momento en que aparece la rebelión, la intensidad de ésta se halla determinada no sólo por la presión y naturaleza de la autoridad parental y la energía y coraje que posee el adolescente, sino también por el apoyo que éste recibe por parte de sus compañeros de grupo y otros adultos de orientación más tolerante que sus padres. La rebelión puede ser moderada y limitada o intensa y prolongada, en cuyo caso conduce a un dilatado conflicto con la sociedad, desarrollándose un peculiar estilo de vida al que calificamos con el nombre de comportamiento psicopático.

La autoridad parental ejercida en forma muy severa y dictatorial no suele provocar sentimientos de culpa debido a que origina abierta y declarada hostilidad. Los padres super-indulgentes y sobre-protectores, en cambio, dan lugar

a severos sentimientos de culpa en el adolescente que intenta seguir sus propios impulsos. Los sentimientos de culpa intensos impiden al sujeto expresar abiertamente sus emociones. Las oculta y niega aun cuando motiven un desequilibrio de su balance emocional. En lugar de expresar sus conflictos en lenguaje claro y comprensible, éstos se manifiestan en forma de diversos síntomas, tales como fobias, quejas somáticas, conducta extravagante, etc. El pronto reconocimiento del significado de tales síntomas es importante en orden a evitar costosas y prolongadas exploraciones físicas que sólo sirven para ocultar la verdadera naturaleza del problema. Apenas hace falta decir que la rebelión es tanto más grave cuanto más tardíamente se presenta. Hasta los catorce años, aproximadamente, las alteraciones de la conducta o transgresiones de la ley son guardadas en familia y atribuidas a la falta de comprensión del muchacho. En la fase final de la adolescencia, en cambio, las acciones delictivas suelen ya involucrar la intervención de la autoridad pública. Aun cuando las medidas punitivas de la ley son entonces necesarias para salvaguardar el orden, representan para el adolescente otra forma de la autoridad parental contra la que él se ha sublevado. Así, la conducta antisocial es perpetua, y el delito y castigo se refuerzan mutuamente en diabólico círculo. En estos casos, la readaptación y nuevo ajuste a una conducta socialmente aceptable se complica, además, por el hecho de que el tratamiento psicoterapéutico es difícil de administrar. No es posible lograr que el adolescente participe en el tratamiento en contra de su voluntad. Sus puntos de vista se han solidificado en explicaciones pseudológicas, encontrando apoyo para sus convicciones en sus compañeros de grupo y siendo incapaz de reconocer la realidad del problema. Para él, el psiquiatra representa meramente otra figura hostil, investida de la autoridad parental. A pesar de estas dificultades, el tratamiento psicoterápico es el único medio realmente eficaz de que se dispone para impedir que esta rebelión juvenil se convierta en una rígida y estereotipada conducta sociopática.

BIBLIOGRAFIA

- ALLPORT, GORDON W.—Pattern and Growth in Personality. Harvard University, Holt, Rinehart and Winston, New York, 1961.
- BLOS, D.—The adolescent Personality. New York Apleton, Century, 1941.
- BÜHLER, CHARLOTTE.—La vida psíquica del adolescente. Espasa Calpe. Buenos Aires, 1947.
- ENGLISH, O. P. y PEARSON, CH. J.—Common neuroses of children and adults New York Norton, 1937.
- GALLAGHER, J. R.—Problems of the adolescent. *Pediat, Clin. N. Amer.*, agosto 1958.
- FORDHAM, M. S.—Some observation to the self in adolescent. *The British Journal of Medical Psychology*. Vol. XXIV, 1951.
- HORROCKS, JOHN E.—El adolescente. En «Manual de Psicología Infantil», edit. por Leonard Carmichael, «El Ateneo», Buenos Aires, 1957.
- HAWKEY, L.—The function of the self in adolescence. *The British Jour. of Med. Psychol.* Vol. XXVIII, 1955.
- RUBÉ, P.—Adolescence. *Amer. Journ of Psychother.* Vol. IX, núm. 4, 1955.

- SCHILDER, P.—Imagen y apariencia del cuerpo humano. Paidós, Buenos Aires, 1958.
- SODDY, K.—Clinical Child Psychiatry. London, Baillière, Tindal and Cox, 1960.
- DIMOCK, H. S.—A research in adolescence. *Child Development*, 6, 176-195, 1935.
- ELLIS, R. W. B.—Puberty growth of boys. *Arch. Dis. Child*, 23, 17-26, 1947.
- HORROCKS, J. E.—El adolescente. Manual de Psicología Infantil, ed. Carmichael, «El Ateneo», Buenos Aires, 1957.
- JERSILD, A. T.—Evolución de la afectividad. Manual de Psicología Infantil, ed. Carmichael, «El Ateneo», Buenos Aires, 1957.
- JONES, V.—Desarrollo del carácter. Manual de Psicología Infantil, ed. Carmichael, «El Ateneo», Buenos Aires, 1957.
- KATZ, D.—Psicología de las edades. Morata, Madrid, 1961.